

HISTORIA del ECUADOR

por Roberto Andrade

CAPITULO VII
CAPITULO VIII

Entrega No. 9



EDITORES: ~~ROBERTO ANDRADE~~ REED
EN EL DEPARTAMENTO DE IMPRENTA
GUAYAQUIL - ECUADOR



El Obispo intercedió por los presos; pero Aréchaga confirmó las palabras de Barrantes, y éste dijo que su orden era condicional. No tenían, pues, apoyo los desventurados patriotas. Un día consiguieron de la Audiencia un decreto que suavizaba sus quebrantos, y suplicaron a Arredondo lo cumpliera: el genízaro les contestó injuriándoles; y todo porque los patriotas no le habían tratado de *Señoría* en el escrito.

“Las voces de que el Dr. Simón Sáenz y D. José Vergara Gaviria, con otros europeos, dice el autor del “Viaje imaginario”, estaban pagando a los mozos de los barrios, para que acometieran al cuartel, estaban ya muy válidas. Los mulatos de Lima hablaban de saqueo, con desvergüenza; las denuncias de los morlacos y otros se repetían. Las hostilidades de los mandones se aumentaban contra toda clase de gentes. Los oficiales hablaban de un asalto contra el cuartel, y se prevenían. Aréchaga ofrecía el brazo izquierdo porque se verificara, para ver degollados a los presos y sembradas las calles de cadáveres. Los vecinos nobles estaban fugitivos, porque se les trataba de enterrar en los calabozos, para lograr la opresión del pueblo y el desaire del Comisionado regio. Los pasquines se multiplicaban; y nadie podía hablar, ni aún pensar de

Palabras del “Via-
je imaginario.”

la suerte que nos esperaba, sin ser tratado como reo de traición. La artillería estaba cargada de metralla, y el lúgubre aspecto de la ciudad anunciaba su desolación próxima, cuando llega, ¡oh Dios santo! el 2 de Agosto".

Informe al Virrey
acerca de un alzamiento.

EL Procurador General de Quito, D. Pedro Jacinto Escobar, con fecha 6 de Abril de 1810, informó al Virrey acerca de los fundamentos de rumores ya muy difundidos, de preparativos para el nuevo alzamiento revolucionario: "Se han practicado las más exquisitas diligencias, en inquisición de la verdad, le dice, y ha resultado que fue una maquinación perversa de los émulos de los presos, que aspiran a su destrucción, haciendo más horrorosa, si fuese dable, su causa". ¿Quiénes podían ser en Quito *los émulos de los presos*, sino sus mismos carceleros? Este documento es la más poderosa luz, para esclarecer el móvil de lo acontecido el 2 de Agosto, en cuya narración vamos a ocuparnos.

HISTORIA del • ECUADOR

CAPITULO VIII

DOS DE AGOSTO

El pueblo quiteño.—Trama urdida por los realistas.—Asalto a los cuarteles, sacrificios de los asaltantes y los presos, y degüello y saqueo en las calles.—El Obispo y el Provisor.—Cabildo abierto.—Salida de Arredondo y sus tropas.—Notas de la Junta revolucionaria de Bogotá a Ruiz de Castilla.—Exaltación de Caracas y funerales por las víctimas de Quito.

Por ROBERTO ANDRADE

CAPITULO VIII

DOS DE AGOSTO

El pueblo quiteño.—Trama urdida por los realistas.—Asalto a los cuarteles, sacrificio de los presos, y degüello y saqueo en las calles.—El Obispo y el Provisor.—Cabildo abierto.—Salida de Arredondo y sus tropas.—Notas de la Junta revolucionaria de Bogotá a Ruiz de Castilla.—Exaltación en Caracas y funeraies por las víctimas de Quito.

EL pueblo de Quito es generoso y resuelto; pero nunca operó cuando no hubo quien lo dirigiera. En Agosto de 1810 no se hallaba en la ciudad ninguna persona apta para el caso: todos estaban presos, ocultos o ausentes. ¿Hombres del pueblo, por sí sólo, podían ponerse de acuerdo para una empresa heroica, como la de apoderarse, sin contar con armas, de cuarteles llenos de soldados orgullosos, y poner en libertad a un centenar de personas desvalidas, incapaces de le-

Lo que era el pueblo de Quito.

vantar un arma en són de ataque? Salinas, el único varón de pelea, hallábase moribundo en el lecho, y el día anterior habíase confesado y comulgado, como verdadero católico. No habfa acuerdo entre los asaltantes y los presos, porque en varios calabozos de éstos se encontraban señoras y niñas, en el momento del asalto. En el de Rodríguez de Quiroga se hallaban dos de sus hijas y una negra esclava; en el de Larrea, Barrezueta y Olea, las esposas de ellos. "No las habrían expuesto al peligro, si hubieran tenido la menor noticia de lo que iba a suceder", dice el autor del "Viaje Imaginario". Es claro que si los españoles Sáenz y Vergara Gaviria pagaban a mozos para que asaltaran los cuarteles, no era diciéndoles que iban a sacrificar a los presos, sino que iban a salvarlos, pues ellos, los comprometedores, respondían de que los oficiales acogerían a los asaltantes, abiertos los brazos, y de que les entregarían a los cautivos, sin la menor vacilación. Se ha comprobado ya que los españoles eran crueles y que miraban a los quiteños con el desprecio que a los perros. La costumbre de ver a presos y a familia de presos, y sus tristezas y sus torturas y sus lágrimas, irrita a quien no tiene espíritu elevado, a quien por su naturaleza, educación y profe-

Conviene acordarse que el ejército realista se componía, en gran parte de mulatos peruanos.

sión, sólo prefiere su presa, como sucede con las alimañas bravas. Si los presos obtenían libertad, lo que acaso sucedería con la llegada de D. Carlos Montúfar ¿no sería una derrota para los soldados centinelas? Mejor era degollarlos; y la ocasión fue la efervescencia del pueblo, sencillo hasta la creencia de que sus verdugos eran compasivos. No pudieron comprometer a muchos; pero fueron los necesarios para el resultado que los españoles anhelaban. Sáenz y Vergara Gaviria fueron instrumentos de Aréchaga, Arredondo y otros individuos feroces. Los presos componían un partido político: cuando la situación de un partido es incierta, los acomodaticios plegan al que más probabilidades tiene de victoria; pero cuando el mismo partido se halla en infortunio, despiértanse los sentimientos humanos, entonces se ensancha y fortalece, porque acuden protectores y prosélitos. ¡Por desgracia no había un hombre en Quito, repetimos, capaz de acaudillar a la multitud patriota y emprender la proeza de quebrantar las cadenas de los presos! Ni uno solo de los revolucionarios figura entre los que acudieron al asalto. ¡Acudieron hombres del pueblo, hombres con nobles intenciones; pero caminaban entre sombras, y fueron a precipitarse en el abismo prepa-

rado por inicuos! Asegura el autor del "Viaje Imaginario", escritor a quien seguimos, porque nos parece veraz y justiciero, que un traidor fue quien guió a los asaltantes al cuartel donde se hallaban los presos distinguidos. Si un traidor acompañaba a los asaltantes, ¿qué prueba más evidente de que estos patriotas iban engañados, como sucedió más tarde en el 19 de Octubre de 1833 y en el 6 de Agosto de 1875, según veremos adelante? ¡Se les prometió victoria, y fueron a tropezar con la tumba de ellos y los suyos, de los desventurados presos, por cuya libertad se habían determinado a verter sangre! Absurdo es, y muy grande, suponer que después de haberse difundido en la ciudad la orden de Barrantes, la ciudad había de proponerse un asalto, causa indispensable del exterminio de los presos, hijos suyos.

Situación de los
cuarteles.

TRES eran los alojamientos de la fuerza armada en Quito: uno, el del Real de Lima, o sea el llamado Cuartel de Prevención de los limeños, donde se hallaban los presos principales. Este cuartel estaba a pocos metros de la plaza, en la calle de la Compañía: más tarde sirvió de Casa de Moneda, después de Colegio de los jesuitas, con el nombre de San Gabriel,

luego fue Biblioteca Nacional, y ahora está agregado a la Universidad. En otro cuartel, contiguo al anterior, donde ahora se aloja un cuerpo de ejército, hospedábase la tropa venida de Bogotá y Popayán, al mando del Cmdte. Gregorio Angulo: este cuartel, en cierto sitio, estaba separado del Real de Lima, únicamente por una pared. El tercer alojamiento era el llamado presidio, la casa de la esquina del Carmen Bajo, a dos cuadras de la Plaza.

FALTABA un cuarto de hora para las 2 p. m., cuando tocaron en las campanas de la Catedral a rebato. Seis hombres armados de cuchillos se presentaron delante del portón del Real de Lima: llamábanse Landáburu, Mideros, Albán ¹, Godoy y dos hermanos Pazmiño ². No encontraron resistencia, tomaron fusiles en la Prevención y penetraron a lo interior del cuartel. El Capitán Galup, al ruido, descendió del piso alto, con sable en mano, gritando: "¡Fuego contra los presos!" A oír esta orden salvaje, uno de los

Asalto al cuartel principal y degüellos subsiguientes.

1. Murió el 19 de Octubre de 1833, en una celada tendida por Flores.—"Cevillos", T V, cap. III

2. Son los seis mentados en el "Viaje Imaginario", y también por el Sr. Donoso, continuador de Ascaray: pero no se sabe cuál fue el *morlaco espía*, de que habla el Provisor Caycedo. Landáburu era peruano, razón para suponer que al-

asaltantes arrojóse sobre él y le tendió de un bayoneta. Por el momento los asaltantes quedaron dueños del recinto. Inmediatamente tronó un cañonazo: los soldados del cuartel contiguo dispararon el cañón, destruyeron la pared divisoria y pasaron, en pelotón,

gún soldado del ejército peruano le comprometió a asaltar el cuartel, ofreciéndole buena acogida y libertad para los presos. De otro de los asaltantes, dicen los historiadores, que estaba dentro del cuartel, de acuerdo con los de afuera. Hé aquí cuáles fueron los antecedentes del *morlaco traidor*, de que acabamos de hablar: copiamos al Sr. Caycedo: "A pocos días pasó un morlaco donde el Sr. Fuertes, a denunciar que Don Joaquín Mancheno trataba de otra revolución. En el momento se le arrestó y privó de comunicación, junto con D. José Antonio Angulo, y se procedió después a la averiguación. De ésta resultó que el morlaco era un ladrón, y que por evitar el juicio criminal, a que estaba provocado, se valió de este artificio que le salió bien, pues le tomó Fuertes bajo su protección; y habiendo pelido Mancheno que se castigase a un calumniante, se rechazó el escrito, se increpó al querellante, se dijo que era hombre de bien, y que si procedían contra él, se tataría la boca a otros, para que no delatasen los crimenes". Y el mismo escritor continúa, al tratar de los asaltos del 2 de Agosto: "Al mismo tiempo que el presidio, asaltaron el cuartel de prevención de los limeños, cinco hombres, o según el informe del oficial que estaba de guardia, seis, sin más armas que cuchillos. A su vista, el centinela quedó temblando y sin acción, y largó el fusil, que tomó el morlaco denunciante, que fue uno de los emprendedores, quedándose en su lugar con la cartuchera, para fingirse verdadero soldado, y usar del colma y de la pólvora". Más adelante relata el mismo Caycedo el fin de ese individuo: "la ciudad se hallaba consternada, dice, y solícita por las bravatas que se oían por momentos en el cuartel; y murió en ese día terrible el morlaco denunciante, favorito y a veces comensal de Fuertes, haciendo de centinela, mientras los otros hacían su deber adentro".—"Vinje Imaginario".—En "El Quitafío Libre", No. 14, Agosto 11 de 1833, se dice que fueron ocho los asaltantes, pues no se menciona a un solo Pazmiño, se suprime a Mideros y se habla de Falconí Navarro, Silva y Camino. El Sr. Camilo Destruge, contemporáneo nuestro, menciona, en lugar de estos cuatro últimos, a Mosquera y Morales.

al teatro del combate, todos bayonetas en ristre. Acometida tan formidable y repentina, los asaltantes afrontáronla, resistiéronse, lucharon y hubieron de morir, pero como héroes. Landáburu salvó, probablemente amparado por sus compatriotas los peruanos. Libres ya de enemigos, los vencedores cerraron las puertas de la calle, y comenzó el degüello de los presos. Ni uno sólo había allí capaz de intentar resistencia: todos se hallaban extenuados, a causa del largo tiempo de prisión. Parte de ellos residía en las habitaciones altas, parte en las bajas. Oyeron el tropel de sus amigos que entraban a la casa, luego la orden de Galup, luego el cañonazo y tiros de fusiles, vieron la lucha, presenciaron la muerte de los que iban a salvarlos, y cuanto pudieron hacer fue cerrar las puertas de sus respectivos calabozos, y fortificarlos con los muebles. Al primer ímpetu de los soldados, cedieron las puertas. Morales cayó de rodillas, para recibir los golpes. ¹ Ante una muerte inevitable, próxima, repentina, puede el más valiente arrodillarse, cuando

Muerte de Morales.

1. "A Morales herido gravemente, le tritularon el cráneo a culatazcs", dice el Sr. Monsalve

no tiene ningún medio de defensa, porque en la muerte hay, en todo caso, solemnidad y majestad: no siempre es arrodillarse además de súplica. Ya sabemos lo que era Morales: era el verdadero caudillo en el lance, era espíritu de los que vienen al mundo a ser justos, era prócer a quien nada importaba la muerte.

Muerte de Salinas, Ascásubi y Rodríguez de Quiroga.

SALINAS, como hemos visto, estaba moribundo, y fue degollado en su cama.

"ASCASUBI recibió los golpes medio desmayado del susto, Aguilera durmiendo la siesta.....Los demás perecieron en sus prisiones y en sus lechos", dice el cronista a quien seguimos.

RODRÍGUEZ DE QUIROGA se encontraba en su calabozo, con dos de sus hijas y una negra esclava: a los disparos, cayó la negra: las niñas salieron aterradas; y en el andén se encontraron con un oficial, a quien rogaron salvara a ellas y su padre: el oficial se admiró de que viviera todavía hombre tan notable: penetró con un cadete a la prisión; ambos echaron manos a la víctima, y le mandaron gritase "¡Vivan los limeños!". "¡Viva la Religión!", gritó él, y recibió un formidable sablazo: echó a correr, y ultimaron con él en la carrera.

Los que fueron despedazados con hacha, sables y balas, fueron los Ministros de Estado mencionados, el Senador Juan Pablo Arenas, el presbítero Riofrío, el Crnel. D. Juan Salinas, los Tenientes Coroneles Nicolás Aguilera, Antonio Peña y Francisco Javier Ascásubi, el Capitán José Vinuesa, el joven Teniente Juan Larrea y Guerrero, el Gobernador de Canelos, D. Mariano Villalobos, el escribano D. Antonio Olea, D. Vicente Melo y otros, cuyos nombres no menciona la Historia. Veintiocho perecieron de esta manera horripilante. "La joven señora Isabel Bou, esposa del Teniente Coronel Larrea y Guerrero, fue herida, y salió empapada en la sangre de su esposo, dice D. Agustín Salazar y Lozano. Salvaron seis: D. Manuel Angulo, el presbítero Castelo, D. Mariano Castillo, quien tuvo el valor de fingirse muerto, empaparse en sangre, soportar punzaduras de lanza, dadas con el objeto de distinguir a los vivos de los muertos, y fue conducido en junta de los demás cadáveres: los restantes fueron los que se arrojaron a la barranca subterránea sobre la cual se alza el trágico edificio. Cuando todo estuvo silencioso, porque los asesinos no tenían ya enemigos, arrojáronse a los cuartos, sobre tan-

Asesinados con
hachas, sables y
balas y robados.

tos cadáveres palpitantes, y robaron y dejaron a estos últimos desnudos.

Libertadores del
cuartel llamado
presidio, y nuevos
asesinatos.
Heróicos y bar-
baridades.

En el momento en que tocaron las campanas a rebato, habíanse también lanzado cuatro hombres, por el portón del presidio, todos armados simplemente de cuchillos: llamábanse José Jerés, Pereira, Silva y Rodríguez. El presidio estaba guardado solamente por ocho militares de Lima. Los asaltantes mataron al centinela, hirieron al oficial y se apoderaron de armas y recinto. Allí se hallaban en prisión muchos de los soldados que sostuvieron a la junta patriótica: tres de éstos no quisieron libertad, y se quedaron, echándola de honrados. Salieron los demás, partieron muy lejos unos, y otros se ocultaron en varias casas: sólo seis tomaron armas, vestidos de soldados limeños, y corrieron a auxiliar a los asaltantes del Real de Lima, en la plaza. Llegaron y ya era tarde. Los portones estaban entornados, y solo se oían disparos y alaridos. Por la plaza vagaban limeños armados, que disparaban sobre niños, mujeres e inválidos. “Uno de los presos que salieron del presidio, se colocó en el atrio de la catedral, dice el autor del “Viaje Imaginario”, y desde allí arrolló a los mulatos, hasta que, acabados los

cartuchos le acertaron un balazo. Quedó caído y medio muerto, y fueron a rematarlo con la culata de los fusiles.... Lo mismo hicieron con una india que estaba en la plaza, con un covachero y con un músico que iba para el Carmen.... Todo esto pasó por mi vista, fuera de lo del presidio, que me lo ha referido un testigo ocular y fidedigno". Los otros que partieron del presidio, en ayuda de los asaltantes del Real de Lima, y no pudieron entrar, fueron ahuyentados por tiros de fusil, y por un cañón que habían sacado a la calle. "Uno sólo quedó plantado en el pretil de la Capilla Mayor, dice Caycedo, peleando con más de cuarenta soldados, a quienes hacía frente y obligaba a retirarse, con el más pronto y bien dirigido fuego, que daba su fusil, hasta que concluídos los cartuchos, cedió, quedando muerto en el sitio, lleno de honor y gloria, porque se sacrificó por su patria oprimida y esclavizada con la fuerza y la tiranía". "Confieso que cuando yo oí el tiroteo infinito del cuartel y el cañón, agrega, creí que mucha gente se destruía mutuamente; pero luego me desengañé, sabiendo que toda la acción, toda la guerra, era contra los indefensos prisioneros".

AL principio se aterraron cuantos eran realistas



o españoles. Las autoridades se encerraron en el Palacio, casas y conventos. La tropa salió a las calles. El Capitán Barrantes, en una de las esquinas de la plaza, gritaba: "¡Maten quiteños, desde el Obispo para abajo!" La gente acudía a la plaza, atraída por la novedad de los tiros. La tropa, dividida en patrullas, disparaba al grupo que veía. Del concurso del pueblo se destacaban mozos denodados, blandiendo cuchillos y garrotes, y conseguían contener a las patrullas. El Capitán español Villaespesa acudía al cuartel por la plaza, acompañado de algunos inferiores: tres o cuatro mozos, uno armado de cuchillo, le embistieron: sacó el Capitán el sable, y lo descargó sobre el que tenía el cuchillo: éste desvió el golpe con el brazo izquierdo, envuelto en un grueso poncho, y con la diestra le dió en el corazón un golpe de puñal. Villaespesa cayó redondo. "En la calle del marqués de Solanda desarmaron cuatro mozos a seis soldados, que llevaban fusiles cargados y armados de bayonetas, dice Caycedo; pero allí mismo murió un pordiosero. En la calle del Correo, tres paisanos hicieron huir a una patrulla, la desafiaron y silbaron; pero allí mismo abalearon a un indefenso, a quien remataron, porque que-

dó medio vivo, haciendo pasar por encima la caballería una y otra vez. Por la calle de la Platería corrieron los mulatos que guardaban el presidio; y allí dieron un balazo a un músico; y porque no murió del todo, le destaparon los sesos con las culatas de los fusiles. En la calle de San Buenaventura hicieron fuego los santafereños, y allí murió uno que hizo frente, a manos de un mozo desarmado que le quitó el fusil y le pasó con la bayoneta.....Luego que escampó la tempestad, entró en la plaza mayor un mozo desarmado, a quien sin duda, llevó la curiosidad al mayor peligro. Tiró por la esquina de la grada larga del pretil de la Catedral, cuando reparó a un mulato limeño que le apuntaba. Se paró, y al ver la acción de rastrillar, se agachó y evitó el golpe. En la contingencia de ser muerto por la espalda o por adelante, para su defensa eligió el segundo extremo, y mientras se cargaba segunda vez el fusil, avanzó hacia el soldado. Distaría veinte pasos, cuando se le apuntó de nuevo. Volvió a pararse y gritó de este modo: "¡Apunta bien, zambo, porque si yerras otra vez, te mato!" El susto o la borrachera del tirador, o sea, la viveza del mozo, lo escapó de este segundo riesgo, pero no pasó por el tercero, pues que como un halcón se echó sobre el adversario,

le cogió de los cabezones y lo estrelló contra el pretel, dejando en las piedras regados los sesos. A vista de esto, le embistió una patrulla; pero él encontró la vida en la velocidad de su carrera. ¡Oh si me fuera permitido hacer ver la cobardía de los bárbaros y crueles militares! Pero conózcase por este lance: pasó una patrulla armada hacia el puente de la Merced, la vieron unas pocas mujeres, que no pasaron de seis. Se encargaron de la empresa de perseguirla, de arruinarla, y con sólo piedras, lograron ponerla en fuga vergonzosa. No fue el privilegio del sexo el que obró esta maravilla, puesto que ya habían muerto algunas en las calles, y en su balcón, a una señora Monje, de apellido. La cobardía de esta tropa vil, hizo conseguir el triunfo a la debilidad misma de unas pocas mujeres. No he presenciado estos dos pasajes; pero pueden comprobarse con testigos fidedignos".

¡LIMA, la ciudad de tantos atractivos, fue infamada entre nosotros por el procedimiento salvaje de limeños!

Cadáveres en las
calles.

POR todas las calles se veían cadáveres tendidos, de soldados, de hombres, de mujeres, de niños del pueblo: en la calle de la Compañía estaban varios,

entre ellos, el de un anciano: en la de San Fernando, una mujer, bañada en su sangre, a la puerta de su tienda: en la Cruz de Piedra, el cadáver de un niño..... En el presidio había acontecido una escena trágica: llegaron a él algunos mulatos limeños, y se encontraron con los tres indefensos de que hablamos, y dos indios con grilletes, de los destinados a barrer las calles: abrieron el calabozo y dispararon sobre aquellos cinco desdichados, que no hicieron ni ademán de defenderse.

Las tropas no pasaban de ciertos límites, en la creencia de que todo el pueblo estaba armado: las autoridades mandaron entonces suplicar al Obispo saliera en procesión a apaciguarlo. En toda persona y en todo tiempo, la crueldad ha ido unida a la más villana cobardía. Salió el Obispo con un Santo Cristo en la mano, acompañado del Provisor, Vicario General y familiares. No quiso admitir compañía de ningún militar. Encamináronse por la calle de la Compañía. ¡cuál no fue la sorpresa de ellos cuando, al pasar por delante del cuartel de prevención de los limeños, un soldado salió a una ventana, y dijo en ademán de contento: "ya estamos bien, porque los pre-

sos, menos el Dr. Castelo, ya murieron". Ninguno de los sacerdotes había tenido noticia del crimen, y élla les aterró y arrancó lágrimas. Un oficial español habíales asegurado que de San Sebastián venían 400 hombres armados. La comitiva siguió para Santo Domingo, y de allí para el Mesón. "Del puente para arriba, dice la crónica, había una trinchera de niños y mujeres, y tal cual hombre robusto, con piedras, palos, una que otra lanza y un fusil sin llave ni bayoneta. Ésta era la tropa de 400 indios, formados en columnas, que hacía temblar a Ofelán y a toda la oficialidad". Todos se arrodillaron al llegar la comitiva, y empezaron a exhalar acentos quejumbrosos: el Obispo les aconsejó se retiraran a sus casas, prometiéndoles no seguiría el atropello, y fue obedecido por la multitud en silencio. En la Cruz de Piedra hallaron otro grupo, armado de piedras y palos, que también se disolvió a insinuaciones del Prelado. Más numeroso era el grupo de San Roque: en él sí había furor, aunque sus *armas no eran sino dos o tres fusiles y otras armas blancas*. ¡Qué quejas tan fundadas y tan amargas!, dice el cronista. Se oía discurrir con energía a los más idiotas, sobre el despotismo y la tiranía con que se había gobernado la Provincia. Se

reclamaban los derechos del hombre, ultrajados inicuamente y de un modo tan criminal por los mandos. Se detestaba el abuso del poder y de las armas, confiadas por el rey, no para la destrucción, como se experimentaba, sino para la defensa y conservación de la República. Se gritaba con vehemencia contra la violación de los pactos jurados y de las solemnes promesas que se habfan hecho a la ciudad, para burlarse de la buena fe del público y entronizar el terrorismo. "Moriremos, decían; pero moriremos por nuestra patria y para romper las duras cadenas de la esclavitud, que hemos arrastrado tantos años, y que se nos han agravado en el Gobierno del conde, o para mejor decir, del cruel, del impfo Aréchaga". ¡Cuánto costó al Santo Pastor y a los Ministros del Santuario, tranquilizar esos ánimos justamente irritados! Fue necesario todo el celo de los enviados del Señor, y toda la fuerza de las verdades y máximas del Evangelio, para que se aquietasen. ¡Pueblo dócil, pueblo cristiano, tú serás bendito de Dios por tu religión, por tu moralidad y porque sabes vencerte y perdonar! "Pues bien, dijeron entonces: nosotros nos retiramos, siempre que V. S. I. salga por garante de que cesarán las hostilidades de los Magistrados y las calamidades que

El Obispo obtuvo cesación de estas escenas horrosas.

han hecho llover sobre la Provincia, porque al Sr. Presidente no le creemos, por estar acostumbrado a profanar la santidad del juramento". "Sí, les respondió el Prelado: yo os empeño mi palabra de que todo se acabará y se restablecerá la paz, el orden y la tranquilidad". Recibieron la bendición y se fueron a la casa esos héroes del cristianismo, esos mártires del poder arbitrario. En San Buenaventura encontraron también mujeres y niños con piedras. Recorrieron los barrios de San Blas y Santa Prisca, y regresaron.

La obra del Obispo
dió lugar al robo.

Los defensores del rey habfan acudido al Obispo para que tranquilizara la ciudad, con el exclusivo fin de entregarse, sin peligro, al saqueo. Abalanzóse la tropa a la casa de D. Luis Cifuentes, caballero acaudalado, pacífico y benévolo, echó abajo los portones, puso en fuga, por el tejado, a los dueños y sirvientes, y consagróse con empeño al robo y destrucción. ¹

1. "Derribaron las demás puertas, despedazaron los arcos y encontraron una mina de 50.000 pesos fuertes, en moneda de plata; 7.000 en onzas de oro, y 16.000 en plata labrada; alhajas del mismo metal y de oro, ropa y otras preciosidades. Comenzaron a cargar con todo. Mucha parte llevaron al cuartel del Capitán Galup, ya muerto, y a sus propias habitaciones. Los talegos se cruzaban por las calles. Algunos fueron a casa del capitán Fernando Barrantes, y los subieron con cuerdas, porque no se atrevía la mujer a abrir las puertas de la calle. Véase al Barrantes

Quizá sin la intervención del Obispo, el pueblo hubiera intimidado a tanto perverso, y evitado las escenas del robo subsiguientes.

LA esposa de Salinas no pudo quedar en olvido, en aquel día. Contra Salinas había más encono, por

La esposa de Salinas.

no había tenido razón para mandar matar a los quiteños. Otros (talegos) fueron para la plaza, y en el palacio se entregaron a Ofelán. Otros pasaron a casa de diversos oficiales, y una pequeña parte ocultaron los mulatos fuera del cuartel. Pasaba un oficial por la calle que vá a las cuatro esquinas, y advirtiéndole un prebendado Batallas que allí habían dejado un gran talego, que no podían cargar, respondió que él no cuidaba de eso. Luego se presentó otro oficial a caballo en la casa de Cifuentes, y le pusieron los mulatos sobre la silla un disforme saco, que no pudo sufrir la bestia; para lo que se apeó el jinete y la cargó con el dinero, tirándola de la brida. Este fue el tiempo en que se apartaron de palacio los famosos conquistadores. Transportado cuanto hubo y pudo cargarse, convirtieron su saña contra lo que no era fácil ocultar, y con las culatas de los fusiles hicieron pedazos los espejos grandes, las arañas de cristal, los canapés, sillas, etc. Por último salieron dejando la casa que parecía habían entrado los demonios a destruirla. Yo no dudo que en cada tigre de esos iba metida una legión de ellos. Esta maniobra duró hasta el día siguiente: sin embargo de que unos a otros se comunicaban fraternalmente la noticia, para que todos participaran del pillaje. No fue poco lo que llevaron a la cárcel de la plaza, en cuya repartición estaban, cuando llegó Astillastea, soldado que sirve al Sr. Presidente, a decirles, de orden de S. E., que matasen también a los presos. Por fortuna de éstos, el gusto del dinero había apagado la sed de sangre humana; y lejos de cumplir con lo mandado, les dieron a tres y cuatro pesos cada uno.—No perdieron los demás la ocasión de hacerse ricos, pues en toda aquella tarde y en la noche, saquearon otras casas, tiendas y estanquillos. D. Manuel Bonilla perdió más de 50.000 pesos en su tienda, y los pobres mercaderes del portal del Sr. Obispo quedaron pordioseros. ¡Con qué inhumanidad se despedazaron los cajones y las covachitas de tantos infelices, y les robaron cuanto tenían! ("Viaje Imaginario").

que como militar, él había prestado poderoso contingente al levantamiento revolucionario. Aquella señora era probablemente buena, o era hermosa, o era inteligente, o era entusiasta por la emancipación de América: las buenas cualidades acarrear odios, no las malas: no es posible que sólo por odio al esposo, hubieran ultrajado, como ultrajaron a aquella mujer infortunada. Oigamos al autor del "Viaje Imaginario". No debe emplearse nuestra pluma, cuando hay otra tan ingenua, tan veraz, tan excelente, y que narra lo que ha presenciado el narrador:

"Se hallaba encerrada en su casa, ignorante de la suerte que había cabido a los del cuartel, y llena de la consternación que causaba tantos efectos de horror, cuando se le presentan cuarenta soldados armados, que querían derribar las puertas. Se abren éstas, y le intiman una orden para comparecer en el palacio. Pide tiempo para mudar la ropa que tenía puesta en otra más decente, y se lo niegan. Coge entonces a un hijito tierno entre sus brazos, y va escoltada, junto con su hija Dolores, por esa tropa de bandidos. La pasan por el pie de la horca, y sigue al real palacio. Al subir la grada, manda Orfelán que la maten; y un oficial de los pardos, más compasivo y menos cruel, atajó el golpe, diciendo que no había orden. La intro-

ducen en un calabozo húmedo y hediondo, desde donde observó los parabienes que se daban los satélites, y el gozo con que decían al cruel Aréchaga: "Se cumplió lo que Ud. pedía en su vista". ¡Qué cuidado no darían estas palabras a esta afligida mujer! ¡Cuántas veces gritaban los soldados a la puerta: "¡Fuego! ¡Mátental!" ¡Santo Dios! ¿Dónde está tu religión sagrada, qué se han hecho la humanidad y la compasión? Allí permaneció hasta las ocho de la noche, en que el Magistral de esta Santa Iglesia Catedral obtuvo licencia para trasladarla a otro sitio menos indecente y penoso. Le proporcionó allí cama, la hizo tomar una taza de caldo, procuró esforzarla, y luego le dió la terrible noticia de la muerte de su esposo. Llorando estaba con el sacerdote compasivo que la consolaba, cuando entra el inhumano Fuertes: "Ya ha visto Ud., señora, cumplido lo que le he dicho tantas veces: ahora se seguirán otras cosas". ¡Qué rasgo tan valiente para significar el carácter cruel de los caribes que teníamos por jueces! No dejó Arredondo de echarla su rociada; y el Conde tuvo la inhumanidad de disponer que si se presentaba algún pueblo en la plaza, se la colgase en la galería del palacio. ¡Oh filósofo! Ya no resides entre los hombres. Pero no,

330 Número de asesinados y cantidad saqueada

éstos no son hombres, son fieras, son tigres y leopardos. "Al día siguiente se la pasó en el mismo traje, y entre un concurso innumerable, al monasterio de la Concepción, sin permitirle que fuera dentro de una silla de mano".

Número de asesinados en las calles.

"Más de 200 fueron asesinados en las calles", dice uno de los cronistas. ¹ "El total del monto del saqueo pasó de medio millón de pesos", dice otro ². Todas estas deplorables escenas fueron consecuencia de la sumisión de los soldados a jefes inmorales, pues éstos les dieron ocasión al desenfreno. La tragedia del 2 de Agosto fue parte, sin duda alguna, para dar celebridad, en el Continente hispano-americano, al levantamiento de los quiteños, en el mismo mes del año anterior. Toda celebridad indeleble entre los hombres, es debida a la sangre, desde el comienzo de la historia. La grande infamia del 2 de Agosto, bautizo de la libertad de nuestra patria, se ha repetido a menudo en ella, porque ha habido generaciones de tiranos y desenfreno consiguiente de la plebe. ³ Por a-

1. Parreño.—"Casos raros acaecidos en esta capital de Quito", cit. por Cevallos.

2. Continuador de Ascaray.

3. Hemos tenido que relatar la verdad del DOS de AGOSTO según documentos veraces y auténticos, y la filosofía de la Historia. Más vale decir la verdad a un

quel mismo tiempo luchaban los españoles por la libertad, en el recinto de su patria: ahí está el 2 de Mayo en Madrid. España era heroica allí; en América, déspota y tirana.....Hé aquí cómo es el hombre.....

Hé aquí lo que es
el hombre.

pueblo, que engañarle, como hasta ahora han hecho en el Ecuador, vendiendo por verdaderas, fingidas proezas. Dice D. Agustín Salazar y Lozano, en su obrita "Recuerdos", etc., ya citada: "En la obrita titulada "Viaje Imaginario", curiosa y escrita por una persona de todo respeto, presente a casi todo el acaecimiento. (el del 2 de Agosto), que, sin que se dude, es el Dr. D. Manuel José Caycedo, entonces Previsor y Vicario general del Obispado, se encuentran consignadas razones de superior peso, para que se crea que los españoles fueron autores de la sorpresa del 2 de Agosto. El autor dejó a otros la resolución del problema; mas el Rogidor Dr. José Fernandez Salvador, dos meses después de la catástrofe, redondamente dió en rostro al conde Ruiz de Castilla, en una representación que le elevó como a Presidente de la Capitanía General, con el cargo de que esa *intame agresión*, se había hecho a la ciudad, por parte del Gobierno que mandaba. Tenemos copia de esa representación".

¡Hé aquí frases del "Viaje Imaginario"!

"Por esta relación, aunque dilminuta, pero cierta, ingenua y verdadera, se conocerá la falsedad con que los limeños han escrito que acometieron al cuartel 800 hombres, vestidos de soldados, que quedaron en el sitio, y la debilidad que padeció el Gobierno en rubricar un informe que hizo Aréchaga, en que se afirmaba este hecho; tan supuesto como inverosímil. ¿A qué tiempo ni cómo se trabajaban 800 uniformes, sin que los sastres fueran sorprendidos? Lo cierto es que D. Juan Celis, que estaba de oficial en la prevención, lo ha desmentido, declarando de mandato judicial, que no acometieron más que SEIS, y que los presos estuvieron todos indefensos, encerrados y sin armas, al tiempo del degüello. Deposición recomendable, que da por tierra con todas las suposiciones que han hecho todos los oficiales para ocultar sus crímenes y aparentar méritos, servicios y valor . . . Los Magistrados, los limeños, los españoles, los europeos, en una palabra, los enemigos de Quito, afirman que fue un movimiento general y meditado en toda la ciudad. Los primeros y segundos, como ya expresé, han añadido que al cuartel de prevención concurre-

El juego después
del robo.

LA victoria de los realistas hubo de traer tinieblas al alma de los que acababan de obtenerla. Tres días pasaron buscando calma en el juego, encerrados en el Palacio de Gobierno. Los soldados se embria-

ron 800 hombres uniformados, los cuales perecieron allí mismo. Dejemos esta especie vergonzosamente inventada, y desmentida, no sólo por el testimonio público, sino por la deposición del oficial de guardia, único que puede dar razón de este admirable esfuerzo de valor. Tampoco hagamos memoria de la calumnia levantada a los presos, suponiéndoles de concierto con los de afuera y armados, para disculpar el horrendo crimen de su asesinato, pues está ya comprobado lo contrario, y el mismo oficial afirma que ninguno se movió de la prisión, ni tuvo la más pequeña arma: siendo la demostración más clara de esta verdad, el descuido de todos; pues unos dormían la siesta, otros estaban comiendo y Quiroga trabajaba actualmente unos versos que le habían pedido los mismos limeños, y estaba acompañado de sus hijas, así como Larrea, Barrezueta y Olea, se hallaban con sus mujeres, a quienes no habrían expuesto al peligro, si hubieran tenido la menor noticia de lo que iba a suceder. Sin hacer, pues, caso de estas falsedades descaradas, veamos en que se fundan para esta afirmativa. La única prueba que alegan es la de la multitud de soldados que murieron. ¿Cómo se ha de creer, dicen, que un pequeño número de hombres sin más armas que débiles cuchillos, matasen tantos soldados que igualan o exceden en número a los paisanos que éstos despacharon? Luego ellos fueron muchos, y toda la ciudad auxiliaba su empresa. Bien puede hacer fuerza este raciocinio a otros: a mí no me convence, porque ví todo lo contrario, y si he de hablar lo que siento, digo, que este mismo argumento prueba que la empresa fue obra de muy pocos. Parece paradoja: véase si lo es. Los paisanos acometieron con armas inferiores; murieron menos, luego también fueron menos que los otros. Lo cierto es que yo no ví en la calle cadáveres de gente robusta, capaz de una empresa tan temeraria. Mujeres y niños, viejos y mendigos fueron las víctimas del furor de los soldados; y puedo afirmar que, de los valientes que acometieron la guarnición, no murieron diez, porque de estos hombres bravos huían los militares, como de la misma muerte. Y en efecto, parece que la llevaban en sus manos, pues que sólo el

gaban, y continuaban el saqueo hasta en los tenduchos de infelices. De repente llegó la noticia de que en todas las aldeas comarcanas, en los Corregimientos de la Provincia de Quito, se organizaban vengadores de los desafortunados quiteños, y púsose a temblar el Gobierno. Apenas recibida la noticia, convocó una Junta, con el nombre de Cabildo abierto, que se compuso de Oidores, Jefes militares y otros empleados, también del Obispo y del Provisor del Obispado. Ruiz de Castilla presidía la Junta: en la arenga de inauguración dijo que quería atraer al pueblo a la confianza en el Gobierno, a fin de tranquilizar a la Provincia. Merced a la energía del Provisor Caycedo, acordáron-

quiteño del presidio, que murió en el pretil de la capilla, echó tres al otro mundo; y el guayaquileño despachó nueve, antes de morir. ¿Quién puede persuadirse que si el pueblo se hubiera convocado en gran número, no hubieran perecido infinitos con las balas y metrallas? Su gastaron 30,000 cartuchos, y contando con los presos, no llegaron a 80 los palsanos muertos. ¿Cómo quiere, pues, suponerse que hubo tanta gente reunida? Confiesen que la empresa fué de pocos, y que la ciudad estuvo inadvertida, ignorante y descuidada, que si no, talvez no queda uno de los soldados, que contara el lance. De aquí provino el aturdimiento y el terror de que quedaron poseídos los Magistrados, oficiales y soldados. No se crea que discurro de este modo, por disculpar a la ciudad. No: si ella hubiera hecho la acción, lejos de merecer la excusa, sería digna de eterna memoria, y sus esfuerzos serían elogiados por todas las naciones cultas. . . El pueblo dice que la invasión del cuartel fue obra de algunos europeos, de acuerdo con los jueces, para asesinar, con este pretexto, a los que estaban presos”.

se artículos de conveniencia pública, algunos de los cuales fueron: que se echase al olvido lo que acababa de acaecer en el 2 de Agosto; que las tropas de Arredondo salieran inmediatamente de Quito; que estas tropas fueran sustituidas por un cuerpo de ejército, compuesto de quiteños; que se recibiese, con los honores debido, a D. Carlos Montúfar, Comisionado regio. Promulgóse el acuerdo por bando. ¹ Como conjeturaron los realistas que el tal acuerdo no era suficiente para contener la invasión que se aprestaba, acudieron al Obispo, quien dirigió una circular conmovedora, y la envió con un sacerdote, adecuado para las circunstancias. Pretendía quebrantar las cadenas nuestro pueblo, y él mismo volvía a remachárselas, porque, a falta de dirección, le sobrevénia la religiosidad, luego la indecisión, luego la parálisis.

ANTES de la salida de Arredondo, vino a fortalecerse la guarnición de Quito, con la llegada de tropas de Popayán y Panamá; pero el 18 de Agosto púsose, por fin, en ejecución un punto del acuerdo: la partida de las tropas de Lima. El Sr. Cifuentes se había pre-

1. Puede verse este Acuerdo en "Doc. para la historia de la vida pública del Libertador, etc". doc. 485. Fue dado el 4 de Agosto.

sentado a reclamar lo que le robaron en su casa: el Gobierno nombró a D. Pedro Noriega para que averiguase por lo robado entre la tropa: Noriega informó que todas las mochilas de la tropa se habían encontrado vacías.

EN Santa Fe de Bogotá, estalló la revolución el 20 de Julio de 1810, cuando llegaba el expediente que desde Quito conducía el Sr. San Miguel. Años ha permanecido la América en la persuasión de que aquel expediente había sido reducido a cenizas, a causa del entusiasmo de los bogotanos revolucionarios. Quizá lo conservaron, porque ese mismo entusiasmo los llevó a evitar que se perdiera, para que se esclareciese la historia de aquel trance. A la Junta revolucionaria, reunida en Bogotá, en aquella fecha, llegó la correspondencia de Ruiz de Castilla al virrey Amar, en la cual se incluía copia de las cartas de D. Carlos Montúfar, interceptadas en Quito. La Junta bogotana dirigió entonces a Ruiz de Castilla una nota muy severa: "las naciones más bárbaras no hacen un abuso tan escandaloso de la autoridad, le decía, V. E. ha interceptado y abierto la correspondencia, no de uno de esos reos imaginarios de Estado, que el interés individual de los antiguos funcionarios tiene sumidos

La conducta de la
Junta revolucionaria
de Bogotá.

en el abatimiento y la abyección, sino la de un Oficial condecorado con el alto carácter de Comisionado del Cuerpo, cuya autoridad soberana ostenta V. E. reconocer, en cuanto le conviene, para mantener su representación política".¹ Amenazábale con que el virrey Amar y su esposa, los ocho Ministros de la Audiencia, los Corregidores y Gobernadores de varias Provincias, muchos otros realistas, todos presos y a disposición de la Junta, serían tratados "en los mismos términos que Ruiz de Castilla tratara a los infelices habitantes de Quito, especialmente a los presos". La nota fue enviada el 21 de Agosto: ya los presos habían sido asesinados, y la ciudad entregada a la furia de las tropas. Fue conmovedora la exasperación de los patriotas bogotanos, cuando llegó a su conocimiento aquella horrorosa tragedia. La Junta levantó la voz y dijo al pueblo: "Víctimas desgraciadas del furor brutal de los soldados de Abascal y Ruiz de Castilla, han sido 300 personas de esa infeliz ciudad. Su causa no la ignorais: es la misma que hoy protegéis con tanto ardor. Pero el quiteño, sí, el quiteño os dió la primera

1. Ib. Doc. 487.

lección. El os abrió la cartera del honor, y él ha sellado con su sangre vuestra libertad. Su muerte justificará a la faz del mundo entero, la causa del americano, y lo que ha tenido que sufrir de sus déspotas, en trescientos años.....Héroes inmortales, a quienes la patria debe su existencia y su felicidad, nuestra gratitud no tendrá otros límites que los de su duración; y al partir entre nuestras familias el pan frugal que nos produce nuestro trabajo, y la rica abundancia que mañana nos dará nuestra libertad, contaremos como primogénitos de ella los hijos de vuestro amor conyugal. El bárbaro soldado no les asesinará otra vez; y distinguidos entre vuestros conciudadanos, en los puestos eminentes que vosotros debisteis ocupar, nosotros respetaremos en ellos vuestra imagen, y diremos hasta la más remota posteridad: "Ved aquí a los hijos de nuestros libertadores: ellos no habían de ser eternos; pero la patria y su agradecimiento sí".¹ El Dr. Miguel Pombo dirigió a sus compatriotas una alocución conmovedora.² La Junta no tuvo el cobarde valor de cumplir con su amenaza, a pesar de que todavía seguían presos Amar, su esposa y subalternos: sólo dirigió, el 5 de Setiem-

1. Ib. Doc. 490.

2. Doc. 482.

bre, una reconvencción acerba al imbécil tirano de Quito. ¹ Los que firmaron esta queja, fueron el Vicepresidente José Manuel Pey y el Secretario Camilo Torres: probablemente la escribió el Secretario, un grande hombre, cuyo fin fue también el martirio.

La Junta revolucionaria de Caracas.

CARACAS, independiente ya, desde el 19 de Abril de 1810, año del suceso, llegó a tener noticia de él, e indignóse: parte del pueblo, acaudillada por D. José Félix Ribas, sus tres hermanos, el Dr. Gallegos y otros, pidieron fueran expulsados los españoles del territorio de Venezuela. La Junta mandó aprehender a los exaltados; pero al mismo tiempo decretó funerales honoríficos a las víctimas sacrificadas en Quito. Las exequias se celebraron con el mejor aparato posible. ²

1. Doc. 488.

2. Véase "Quito y la que fue su metrópoli", 1887, opúsculo del Dr. Leonidas Batallas.

HISTORIA del • ECUADOR

CAPITULO IX

COMISIONADO REGIO

Villavicencio y Montúfar.—Cartas de Ruiz de Castilla a Villavicencio.—Arribo de Carlos Montúfar a Quito.—María Larrain.—Junta de Gobierno.—Proclamación de la Independencia, al principio secreta, después pública.—Suerte de algunas autoridades españolas.—Molina, Presidente español en Cuenca.—Arredondo en Guaranda y Vaso Pascual en Guayaquil.—Montufaristas y sanchistas.—Debilidad de los montufaristas.—Retiro de Ruiz de Castilla a un convento.—El Obispo, su sucesor.—Proclamación solemne de la Independencia.—Primer Congreso y primera Constitución.

Por ROBERTO ANDRADE